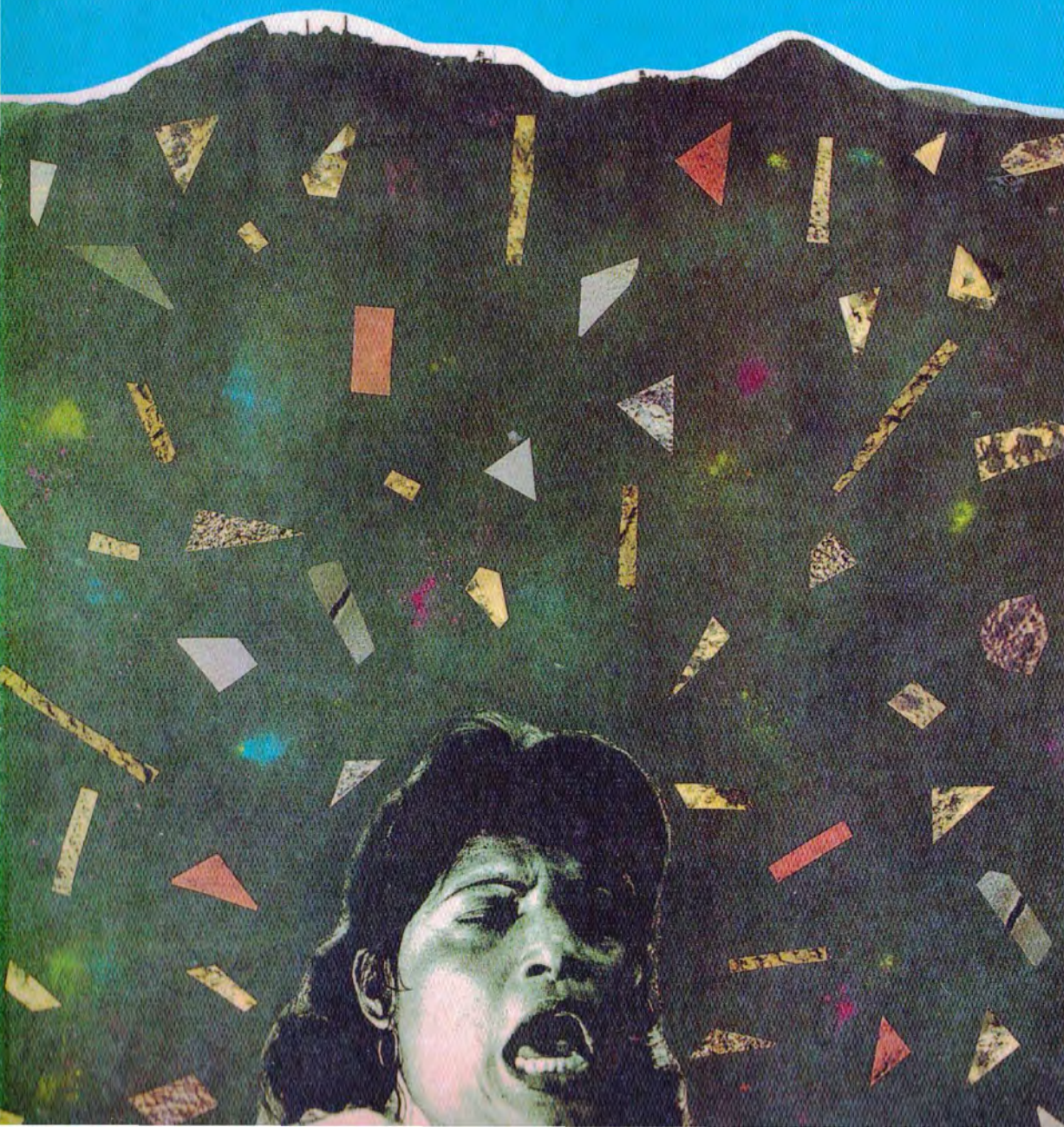


Festival Nacional del Cante de las Minas



Homenaje a

Antonio Grau Mora

"Rojo el Alpargatero"

MEMORIA

DE

LOS GRAU

A amor del nuevo Eldorado murciano, Antonio Grau Mora, «Rojo el Alpargatero» nombrado por razones de oficio y color de la pelambre, arriba en 1885 a La Unión, donde abre una posada, pronto ampliada con una sala de juego y un café cantante. Atento a la voz de la mina -¡él, que nunca ofició en la liturgia del pozo y la galería!, su oído se hace pronto caracola para alcanzar todos los ecos del cante dolorido del minero. Van así cociéndose en el café del «Rojo el Alpargatero», a través de su garganta prodigiosa, a fuego dorado y lento, los panes de oro de la coplería minera: «El río a nado», «El librico de fortuna», «Se fue a trabajar a un puente», «Si yo volveré a subir», La copla del «Manco»... Lo del «Manco» tuvo su guasa negra. El «Manco» salió de su casa, recién nacida la mañana, cuchillo en mano y la razón cerrada. Camino de la calle Mayor, el «Manco» hirió a varios hombres, algunos de muerte. Con el cuchillo bañado en sangre, entró en el café cantante del «Rojo el Alpargatero». En aquel momento, Gabriel, el camarero, encaramado sobre una silla de anea, abastecía de carburo el depósito de una lámpara. El «Manco» le hizo cara y Gabriel, saltando al suelo rápidamente, requirió la silla y asestó con la misma tal golpe al «Manco» que llegó a derribarlo, desarmándole. El trovero Marín recogió la anécdota en una de sus letras más celebradas:

*Como corral sin gallinas
se va quedando La Unión:
unos que matan las minas,
otros que se lleva Dios
y otros que el «Manco» asesina.*

Todo nos lo cuenta un día Antonio Grau Dauset, el hijo del «Rojo el Alpargatero», el cual «representa en la pureza tradicional del cante minero -pluma de José Blas Vega- la conservación, el engrandecimiento y la transmisión del mismo». Años antes ya había escrito Antonio Oliver: «Bajo la personalidad de un hombre culto, profesional de la enseñanza, que hasta 1955 fue director de un colegio privado, no espera nadie hallar un cantaor auténtico del cante de nuestros mineros».

El evangelio es que, de boca de don Antonio Grau Dauset llegó uno a aprender hartura de ciencias jondas, entre otras verdades la de que, de labios de su padre, la piedra bruta se desbastó, pulióse el diamante. Porque fue el «Rojo el Alpargatero» quién cinceló el alma del cante de las minas.

-Toma nota, hijo. Puedo afirmarte, por ejemplo, que el verdadero artífice de la «cartagenera» fue mi padre.

Es luego don Antonio Chacón, amigo entrañable de los Grau, quien da a conocer la «cartagenera» en España. El nombre de Chacón permanecerá ya siempre unido a la «cartagenera», atravesándola de duende y de cosmos, pero, cuidado, Chacón no pudo evitar nunca de su «cartagenera» los áureos deslumbramientos de la «malagueña». Chacón no había comido aladroque ni bebido agua de la fuente del Chorrillo.

De las visitas de don Antonio Chacón al café del «Rojo el Alpargatero», me habló muchas veces Grau Dauset, por aquel entonces, todavía un muchachuelo que, cada tarde, volvía de la escuela con prisa, al amor no sólo de la rebanada de pan untada con miel, sino al de la otra golosina flamenca de la copla. El «Rojo el Alpargatero» le esperaba, efectivamente, con la guitarra en la mano y, a punto, el cante, como un clavel encendido entre los dientes. Según Grau Dauset, Chacón andaba fascinado por el tirón del cante de los mineros.

-Niño todavía, andaba yo en posesión de muchos secretos de la copla minera. Chacón me sentaba sobre sus rodillas. «A cantar, nene», me pedía. Luego, a su vez, a solicitud mía, me premiaba con una de sus «malagueñas».

Poco a poco, las entrañables evocaciones iban tomando cuerpo en la palabra del hijo del «Rojo el Alpargatero».

-¿Sabes que fue en la cocina de la posada de mi padre donde se fraguó la «minera»? Tal como lo oyes. Pues bueno, algo me decía a mí que aquel cante que luego iba a ser la «minera» andaba cojo.

Porque, atrás queda dicho, a Antonio Grau Dauset ya le caracoleaban por aquellas fechas, venas adentro, los verdaderos duendes de la minería.

-Algo le falta a ese cante, padre

-¡Que sabrás tú, mocoso!

-Le digo a usted que sí.

Entonces, inesperadamente, brotaba la voz del hijo, y era como si de pronto se abriese un ramo grande de flores coloradas. Los tercios de la «minera» iban encontrando así, en las gargantas del padre y el hijo, su hechura definitiva, su llaga y su quemadura.

De aquella «minera» que los Grau esculpieron en la cocina de su casa, han copiado después absolutamente todos los «cantaos».

Entar en conversación con don Antonio Grau Dauset era descubrir un mundo irrepetible, viñeta flamenca poblada siempre por gentes de trueno, vinos y aguardientes corriendo por el mármol de una mesa, «tablaos» de cortinones de encaje barato, abanico pericón y espejo de marco pintado de purpurina...

-Por el café cantante de mi padre pasaron las primeras figuras de la época.

Y enseguida la anécdota colorista:

-Fue Juan «el Albañil» el que empezó a meter la «pena» en la copla. ¡Cómo me gustaba oírlo! A veces, le compraba un puro de tres perras chicas y se lo ofrecía a cambio de su cante.

... Cuando conocí a don Antonio Grau Dauset -porte de gran señor, catadura de un Greco, acaso de un Quijote dibujado por Doré-, su voz apenas era un áureo rescoldo, pequeña ascua en la que, sin embargo, crepitaban todavía todas las claves, todos los misterios y fundamentos del verdadero cante de las minas.



Mira, hijo, así se canta, así se debe cantar.

Y enseguida:

- ¿Te he dicho que mi vida fue una novela? ¡Si yo te contara...!

Está claro que la contó.

Todavía recuerdo los ecos de su voz, aquel característico ademán suyo, no exento de un apenas perceptible airón de arrogancia, el talante del que se sabe en posesión de muchas verdades importantes.

-No lo olvides. El primero en cantar la «minera» con toda la alcurnia flamenca fue mi padre. El «Rojo el Alpargatero» encontró en el cante de los mineros una gama fastuosa de sonidos: los medios tonos o lo que es lo mismo: la llave del cante de las minas.